

FRANCISCO DE BORJA E ITALIA

MANUEL RIVERO RODRÍGUEZ
Universidad Autónoma de Madrid

1. ITALIA

Es sabido que hace quinientos años, en el tiempo en que vivió Francisco de Borja, Italia no existía como estado nacional, la unidad e identidad política era inexistente en una tierra que estaba, a decir de Gracián, «dividida y como hecha gigote en poder de tantos señores y señorcitos». ¹ La Italia del siglo XVI era una realidad poliédrica e inasible, por lo que parece problemático analizar qué tipo de relación pudo tener con ella un individuo (aunque fuera santo). En apariencia es un reto irresoluble, pero no es así. A despecho de lo que los románticos y los nacionalistas aseguran, las naciones existen y han existido al margen de los estados, y se da el caso de que pueden constituir un referente esencial para la cultura o la civilización sin necesidad de ser o expresar una identidad política. Tal fue el caso de Italia en la alta Edad Moderna.

En la segunda mitad del siglo XVI, Italia estuvo fragmentada en principados, señorías, repúblicas y reinos de naturalezas diversas, soberanas o bajo la autoridad de los reyes de España, del papa o del emperador. Sus habitantes carecían de una identidad política común, pues sólo un escaso número de individuos eran conscientes de ser italianos, si bien en un sentido de pertenencia a un espacio sentimental, marcado por la afinidad existente entre quienes compartían lengua, cultura y paisaje. Esa realidad política no influía gran cosa en la opinión que los europeos de entonces tenían del país, bien representada en 1576 por Abraham Hortelius, para quien el primer mapa de su atlas debía ser la representación de la península por un motivo muy sencillo: por ser «Italia olim terrarum domina et hodie etiam rerum gestarum gloria, inter omnes Europae regiones nobilissima» («Italia señora de la tierra, gloriosa por sus hechos, la más noble de las regiones de Europa»). El orden de presentación de las diversas láminas de las regiones europeas no seguía una secuencia geográfica, siguiendo el recorrido de la órbita terrestre, basado en los puntos cardinales, sino jerárquico, desde la nación cuya posición era superior, preeminente. ²

1. Baltasar GRACIÁN, *El Criticón*, ed. de Ismael Quiles, Madrid: Espasa Calpe, 1980, p. 368 (tercera parte, crisis 9ª).

2. Robert W. KARROW, *Mapmakers of the sixteenth century and their maps: bio-bibliographies of the cartographers of Abraham Ortelius, 1570: based on Leo Bagrow's A. Ortelii Catalogus cartographorum*, Chicago: The Newberry Library; Speculum Orbis Press, 1993, p. 237.

Una simple ojeada al mapa dejaba constancia de que su fragmentación bajo distintos soberanos carecía de interés; eso nada tenía que ver con la forma de considerarla, y a simple vista se ve que ese mapa es un arquetipo, una idea que pierde consistencia al contemplarla de cerca. Lo mismo que el resto de las provincias cartografiadas por el geógrafo holandés. Sebastián de Covarrubias definió la nación en su *Thesoro de la lengua castellana o española* como «provincia extendida», refiriéndose a un espacio regional marcado por unos límites geográficos no muy precisos, evocando a las circunscripciones del extinto Imperio romano y a la estructura interna de la Iglesia heredada de aquel. Una acepción muy común, por otra parte, pues también la hallamos en el capítulo 51 del libro I de los *Discorsi* de Maquiavelo (una obra que no conoció el gramático español), identificando nación con provincia. Es algo común a muchos textos escritos durante el siglo XVI y la primera mitad del XVII, donde la nación se define por la geografía, las costumbres o la lengua, pero no por la soberanía, careciendo ésta de límites cartográficos.³

En el caso italiano, el perfil que se dibuja a través del testimonio de pensadores, ensayistas y escritores del siglo XVI es que la nación es una región que está marcada por el espacio de una «república literaria», un espacio cultural cuyos miembros se manifiestan, expresan y comunican en lengua italiana. Un espacio de cuya constitución se tuvo conciencia en el siglo XIII, cuando una variante del dialecto toscano se convirtió en un medio de comunicación inteligible en el ámbito peninsular. Cuando Dante se exiló de Florencia en el año 1295, peregrinó —como recuerda en el *Convivio*— «per le parti quasi tutte a le quali questa lingua si stende» («por casi todos los lugares por los que esta lengua se extiende»). Dante, al referirse a la forma correcta de la lengua, el «volgare illustre», señalaba que su norma sería más sencilla de deducir si en Italia hubiera existido un solo centro político, una sola corte («Curia Regis»), pero eso no era un obstáculo serio «perché la corte l'abbiamo, per quanto appaia materialmente dispersa» («porque la corte la tenemos, aun cuando aparezca materialmente dispersa»), dando por sentado una corte ideal compuesta por los hombres doctos de todas las cortes. La república literaria era inseparable de la *res publica*, y mientras ésta existiese, la otra también, sin que estorbase el hecho de su pluricentrismo. No sólo eso: en 1494 Savonarola, cuando propuso a los florentinos transformar su ciudad en una nueva Jerusalén, sugirió que sería el germen de una transformación, de una renovación que regeneraría a Italia, enfatizando una espiritualidad italiana diferente del resto de Europa que era inteligible para quienes escuchaban sus sermones y al papa, al cual irritó una iniciativa que a él le correspondía como garante de la seguridad peninsular, la *pax italica*. Así podemos apreciar un sentimiento identitario difuso, más amplio que la lengua, la política o el estado, quizá el renombre: a comienzos del siglo XVI, un embajador friulano que presentó sus credenciales a un *doge* recién elegido, se congratulaba de que su ciudad se hallara bajo la protección de Venecia, no sólo por su seguridad sino por ser el estandarte del «buen nombre de Italia».⁴

A comienzos del siglo XVI, la lengua italiana constituía ya el vehículo por el que se comunicaban todos los centros de poder del área cisalpina, desde el Milán sforzesco hasta el Palermo aragonés. Príncipes y señores empleaban el italiano para comunicarse entre sí, con sus familiares, con sus consejeros o con sus cortesanos, constituyendo también la lengua administrativa y literaria empleada con preferencia en Roma, Venecia, Florencia, Milán, Génova, Nápoles, etc. Las relaciones

3. Federico CHABOD, «Algunas cuestiones de terminología: Estado, nación y patria en el lenguaje del siglo XVI», en *idem, Escritos sobre el Renacimiento*, México: Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 549-576.

4. Vincent ILARDI, «"Italianità" among some intellectuals in the early sixteenth century», *Traditio*, XII (1965), p. 339 y ss.; Sandro BERTELLI, «Egemonia linguistica come egemonia culturale e politica nella Firenze cosimiana», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, XXXVIII (1976), pp. 249-283.

de los embajadores venecianos, florentinos o lombardos, los bandos y *gride*, las sátiras anónimas clavadas en el Pasquino de Roma, los versos y canciones cortesanas, los contratos, las noticias y avisos se difundían en toscano.⁵

El broche a este proceso lo puso el papa Alejandro VI, el ilustre antepasado de Francisco, que vinculó la Iglesia a la italianidad como manifestación de su lugar en el orden temporal, mientras que, como institución universal, se expresó en latín. Al institucionalizarse su uso en Roma como «lingua di Corte», el italiano, que no era el idioma que habitualmente manejaba la población, se convirtió en el vehículo por el que se comunicaba una élite integrada en una red cuyos nodos los constituían las cortes de los potentados. Quienes utilizaban el italiano como lengua habitual no representaban un número muy abundante, no más del 5% del total de la población peninsular, pero constituían el 90% de la «nación política»: las familias principescas, cortesanos, ministros, juristas... Era la lengua con la que se ejercía el poder y por medio de la cual Florencia, Roma, Mantua, Nápoles, Palermo, Venecia o Génova podían contemplarse como capitales italianas integradas en un sistema.⁶ Esa nación política integrada permitió distinguir Italia como sujeto historiable. Francesco Guicciardini, al redactar en 1535 su *Storia d'Italia*, abarcó un espacio geográfico y de costumbres cuya corporeidad expresó por boca del virrey de Nápoles, Charles de Lannoy, en un supuesto discurso dirigido al emperador Carlos V: «E chi non sa che cosa sia Italia? provincia regina di tutte l'altre, per l'opportunità del sito per la temperie dell'aria per la moltitudine e ingegni degli uomini, attissimi a tutte le imprese onorevoli, per la fertilità di tutte le cose convenienti al vivere umano, per la grandezza e bellezza di tante nobilissime città, per le ricchezze per la sedia della religione per l'antica gloria dello imperio, per infiniti altri rispetti; la quale se voi dominerete tremeranno sempre di voi tutti gli altri principi».⁷

El mismo parlamento del virrey remitía a una pregunta retórica, pero con un fondo que nos lleva a una idea de perfiles borrosos: es la provincia más eminente, y quien la posea se arrogará su carisma y sus valores intrínsecos. Si bien entonces, y no antes del siglo XVIII, nunca se concibió nada parecido al estado-nación, sí se puede decir que la italianidad tuvo una expresión política propia, sobreentendida y tópica. A este respecto conviene detenerse en una interesante aportación de Daniela De Rosa sobre el significado de «Italia». Esta historiadora, en el marco de su investigación sobre el canciller florentino Coluccio Salutati (fallecido en 1406), indagó cuáles eran los tópicos políticos que se manejaban habitualmente en las discusiones del Consejo de Florencia, para analizar el discurso político renacentista desde una perspectiva original que diera nueva luz a los fundamentos del pensamiento político moderno. La historiadora planteaba el análisis de tópicos no ideologías, es decir, conceptos de uso común que no requerían explicaciones adicionales o reflexiones teóricas para hacerlos comprensibles para el público, y éstos sólo podían hallarse en la discusión cotidiana de asuntos en un *comune*. Advirtió la frecuencia del uso de «protección», «seguridad», «libertad», «igualdad ante la ley» y, entre ellos, «Italia», refiriéndose a su libertad y a su unidad. Ambas formas de remitirse a Italia incidían en una autoconciencia de comunidad, por pertenecer a un espacio singular (libre en el sentido medieval de provincia) y homogéneo (unido porque comparte los mismos valores). El alegato de Guicciardini, Maquiavelo o Julio II reclamando la expulsión de los invasores

5. Este tópico se exageró tras la unificación italiana nutriendo el concepto *italianità*; véase Isidoro DEL LUNGO, *Patria Italiana*, II, Bologna: Zanichelli, 1912, pp. 1-29.

6. Miquel BATLLORI, «El catalán, lengua de Corte en Roma, durante los pontificados de Calixto III y Alejandro VI», en *idem*, *Humanismo y Renacimiento*, Barcelona: Ariel, 1987, pp. 61-72.

7. Francesco GUICCIARDINI, *Storia d'Italia*, IV, Pisa: Nicolo Capurro, 1817, p. 97.

franceses y españoles («fuori i barbari») en defensa de la «libertà d'Italia», no tenía un significado nacionalista, sino que expresaba el temor a la destrucción de dicha comunidad, perturbada por elementos extraños a ella.⁸

Guicciardini no dramatiza. El final del sistema no fue el final de Italia «provincia regina di tutte l'altre». De hecho, la presencia de las potencias extranjeras no alteraba su esencia, y ésta se articulaba por una red de cortes cuya cabeza era Roma. Baltasar Gracián, a mediados del siglo XVII, describía esta situación mediante una metáfora, la organización política de la península como una casa real: «en medio de las Provincias de la Europa coronada de todas como reina, y trátase como tal, porque Génova la sirve de tesorero, Sicilia de despensera, la Lombardía de copera, Nápoles de antesala, Florencia de camarera, el Lacio de mayordomo, Venecia de aya, Módena, Mantua, Luca y Parma de meninas, y Roma de dueña».⁹ La no coincidencia de Italia con un estado-nación era irrelevante; a Gracián le hubiera sorprendido considerar ese hecho como un argumento de peso para negar la preeminencia de Italia.¹⁰

2. LA PROVINCIA JESUÍTICA DE ITALIA

Italia, por tanto, tenía perfiles y rasgos nacionales definidos, si bien éstos carecían de fundamento político. La percepción de la provincia expuesta por Gracián era típicamente jesuítica y respondía al entronque de la tradición con la propia interpretación que la Compañía hizo de las naciones. Debemos fijarnos en los jesuitas y su labor historiográfica para advertir los primeros rasgos de un sentimiento de identidad política de carácter nacional. La primera historia de la Compañía, escrita por el padre Polanco, era una crónica que relataba la vida y milagros del santo fundador. Más tarde, los historiadores de la orden Nicolás Orlandini (1554-1606), Francesco Sacchini (1570-1625) y Pierre Poussin (1609-1686) siguieron este esquema, como historiógrafos o cronistas oficiales, historiando a los jesuitas en una sucesión de crónicas de cada generalato.¹¹ Pero, como ya notara Benedetto Croce con singular agudeza, las historias de los jesuitas debían incluirse en el catálogo de la historiografía política del Barroco, y más concretamente por el significado conferido a lo nacional. Tal sería el caso de la *Historia de España* del padre Mariana, y sería pertinente –y necesario– un estudio sobre las historias nacionales escritas por jesuitas a caballo de los siglos XVI y XVII. Claudio Acquaviva (1543-1615), quinto general de la orden, fue un hombre muy preocupado por los estudios históricos, entendiendo esta actividad como uno de los pilares sobre los que debía hacerse un esfuerzo importante –la Compañía debía modelar la memoria de la cristiandad y adaptarla a la enseñanza del camino recto para el triunfo de la fe–; estuvo implicado en la creación de la Academia de Historia Eclesiástica en 1612, con sedes en Munich y Amberes, al tiempo que patrocinaba la creación del colegio de Clermont en París y la academia bolandista en Bélgica. Harney clasificó la labor historiográfica de la orden, centrada o definida en una serie de apartados: compendios de historia para la enseñanza, historia de naciones, historia de la Iglesia, historia de los concilios,

8. Daniela DE ROSA, *Coluccio Salutati: Il cancelliere e il pensatore politico*, Firenze: La Nuova Italia, 1980, pp. 91-97.

9. GRACIÁN, *El Criticón*, p. 368 (tercera parte, crisis 9ª).

10. A. GIANNINI, «Impresioni italiane di viaggiatori spagnuoli nei secoli XVI e XVII», *Revue Hispanique*, LV (New York; París, 1922), pp. 50-160.

11. John O'MALLEY, *The Jesuits: cultures, sciences, and the arts, 1540-1773*, I, Toronto: University of Toronto Press, pp. 6-11; una información sucinta sobre los historiadores de la Compañía en Institutum Historicum Societatis Iesu (<http://www.ihsiroma.org>).

hagiografía, historia de la Compañía de Jesús (incluye biografías de sus miembros más distinguidos) e historia de las misiones jesuíticas.¹² Así las naciones son un tópico específico en la construcción de la memoria desarrollada por los jesuitas. Para Italia debemos volver nuestra mirada a finales del siglo xvii, a Danielo Bartoli, que se embarcó en la escritura de una monumental y definitiva historia de la Compañía de Jesús articulada en naciones. Comenzada en 1648, su historia comenzó a dar fruto dos décadas después. En 1673 se publicaba el primer volumen de Europa, con los cuatro libros de Italia, e Italia incluía las biografías de Ignacio de Loyola, Diego Laínez y Alfonso Salmerón. Como en el atlas de Abraham Hortelius, el fundamento, el origen de todo se hallaba aquí: la historia de la Compañía tenía su origen en el momento en que san Ignacio franqueaba las puertas de Roma y entraba en la ciudad para establecerse. El punto de partida, como correspondía, se hallaba en suelo italiano, siguiendo el discurso de toda representación universal, de toda «imago mundi». La historia de la Compañía sólo podía concebirse íntimamente unida a la historia del mundo. Un mundo articulado en provincias, casas y colegios, cuya jerarquía geográfica nacía de Roma, se asentaba en Italia y se proyectaba sobre el todo el orbe.¹³

En 1640, la Compañía celebró su primer centenario publicando un magnífico volumen de emblemas en la imprenta de Plantino, en Amberes. En él se despliega el catálogo de las provincias que han unido su nombre a la Compañía, describiendo sus cualidades y su esencia fundamental, que honra a la orden y con la que la orden la adorna y completa. El capítulo vinculado al lema «Specimen nobilitatis Italiae» subrayaba la asociación de los jesuitas a una nación que le transfería su nobleza y preeminencia,¹⁴ no sólo por ser el solar en que se asentaba su sede, sino por los linajes que ya eran inseparables de su nombre: Orsini, Cesarini, Spinola, Gonzaga, Pignatelli, Medici, Colonna.¹⁵ Aquí se ha de inscribir Borja y aquí ha de explicarse su vinculación a Italia. Nieremberg, en su biografía del santo, se deleitaba denominándolo «el duque» a secas, contrastando en su persona al noble y al jesuita en un desdoble de personalidad donde sus dos personas no resultan antagónicas sino complementarias. Ése fue el motivo por el que viajó por vez primera a Italia para unirse a Ignacio de Loyola.

La estrategia seguida por Loyola para hacerse con un lugar importante en el núcleo del poder de la Iglesia católica se basó en el concurso de grandes y potentados para su causa o, como referiera Polanco: «usar medios e industrias humanas y aprovecharse o servirse de favores humanos para fines buenos y gratos a nuestro Señor no es “curvare genua ante Baal”». Aprovechar oportunidades para ganar amigos y protectores entre los individuos cercanos o pertenecientes al poder político y religioso consolidaba la fuerza, el prestigio y, sobre todo, el poder que la Compañía iba por este medio adquiriendo.¹⁶ El resultado de esta estrategia tuvo resultados notorios: en 1554, la Universidad de la Sorbona publicó un decreto de condena a los *Ejercicios espirituales* y la respuesta estuvo lejos de la polémica: «escribió Ignacio –dice Ribadeneyra– a todas las provincias y colegios de la Compañía, que estaban en diferentes partes del mundo repartidos, y ordénales que de todos príncipes, prelados, magistrados, señorías, universidades y ciudades donde se hallaban, pidan público testimonio de su vida, doctrina y costumbres, y que le envíen los testimonios, cerrados y sellados con autoridad

12. Martin P. HARNEY, «Jesuit writers of History», *The Catholic Historical Review*, 26/4 (enero de 1941), pp. 433-446.

13. Sandro BERTELLI, *Rebeldes, libertinos y ortodoxos en el Barroco*, Barcelona: Península, 1984, pp. 96-104.

14. *Imago primi saeculi Societatis Iesu a Provincia Flandro-Belgica eiusdem societate repraesentata*, Antuerpiae: ex officina Plantiniana, 1640, p. 307 (oda V).

15. Mario PRAZ, *Imágenes del Barroco. Estudios de emblemática*, Madrid: Siruela, 2005, pp. 211-212.

16. Jesús M^a GRANERO, *San Ignacio de Loyola*, Madrid, 1984, pp. 186-189.

pública, a Roma. Y esto ordenó Ignacio para contraponer, si fuese menester, al decreto de París y al juicio y parecer de unos pocos hombres mal informados, el juicio y aprobación de todo lo restante del mundo». El decreto se hizo humo.¹⁷

Italia era un mosaico de cortes pero, siguiendo a Bembo, era una, diversificada en muchos centros. Para los hombres del siglo XVI estaba estructurada y articulada como cuerpo. De nuevo recurrimos a Gracián, que estableció un símil entre la diversidad de los centros de poder del país con una corte imaginaria. Esa red de cortes, articuladas jerárquicamente desde Roma, vivía y se comunicaba gracias al conjunto de «señores y señorcitos que la señoreaban», un conjunto de individuos, príncipes, aristócratas y patricios conocidos como «potentados». Que Gracián, siendo jesuita, comprendiese así el país no debe extrañarnos: se insertaba en una larga tradición jesuítica y tenía en san Ignacio su razón de ser.¹⁸

Para triunfar en Roma fue necesario asociarse a los linajes que señoreaban la península. Borja fue una pieza clave en este diseño de la implantación de la Compañía. Su linaje se contaba entre estas familias, sus antepasados habían sido papas, y Borja o Borgia era un apellido que se integraba en una red que alcanzaba a los Sforza, Medici o Colonna, sin ir más lejos. Loyola tuvo muy presente en su proyecto la necesidad de vincular a los potentados de Italia a su Compañía para alcanzar la aprobación papal, pues sólo éstos, con su influencia política, podían asegurar su éxito y sortear las acusaciones de heterodoxia inevitables en todo movimiento espiritual de aquel tiempo, acusaciones que podían tener graves repercusiones y que podían llevar incluso a la condena —un riesgo que hubo de afrontarse en diversas ocasiones. Jean Lacouture insinúa que la persecución a Juan de Valdés y sus predicaciones, condenadas por heréticas, pudieron tener como causa la competencia por un mercado espiritual muy codiciado, el de las cortes italianas, vía de acceso privilegiado a la cámara de los pontífices. Las vidas de Juan de Valdés e Ignacio de Loyola discurrieron en paralelo y tocaron los mismos ambientes sociales; uno triunfó, fue encumbrado y fue santo, el otro, condenado y declarado hereje después de muerto, pero todo pudo haber sucedido al revés: el santo pudo ser hereje y viceversa. Loyola, como Valdés, fue consejero espiritual de las grandes familias, interviniendo en la solución de sus pleitos y disputas. En 1552 logró poner paz en la larga disputa conyugal que desde 1539 dividía a la familia Colonna, cuando Juana de Aragón abandonó a su marido, el colérico Ascanio Colonna, acusado de sodomita y hereje. El general de los jesuitas redactó 26 razones para que la duquesa regresase junto a su marido e intervino para aplacar el difícil temperamento del duque. Pero este acuerdo también tuvo otro efecto: la desarticulación del círculo valdesiano de Roma y la ruptura de un sólido triángulo que unía a los clanes Toledo, Medici y Colonna como un tridente político y religioso que planteaba una alternativa seria al reformismo jesuítico y, lo que es más grave, a una Iglesia que hubiera tenido que prescindir de la Compañía. Los seguidores de Valdés se hallaban en los cenáculos de las cortes más influyentes e importantes, alrededor de Vittoria Colonna en Roma, Leonor de Toledo en Florencia, Isabel Gonzaga en Ferrara y la corte napolitana de don Pedro de Toledo. Junto a Ignacio de Loyola, Borja desempeñó una labor intensa de proselitismo en estos centros y su linaje fue determinante para desenvolverse en los ambientes romanos. Su potencial residía en sus relaciones sociales, una actividad de relaciones públicas que ningún otro hubiera podido desempeñar. Así lo comprendió Loyola y por tal motivo lo consideró en aquel momento como el fichaje más importante de la Compañía, permitiéndole integrarse hasta la jefatura saltando toda

17. Pedro RIBADENEYRA, *Vida de San Ignacio de Loyola*, Madrid: Espasa Calpe, 1946, pp. 219-222.

18. GRACIÁN, *El Criticón*, p. 368 (tercera parte, crisis 9ª).

norma y convención. Borja fue una de las llaves con las que abrió el hermético mundo de la aristocracia italiana, y gracias a su mediación el padre Ignacio se especializó, hasta su muerte en 1556, más que en dirigir la Compañía, en actuar como consejero de las principales familias romanas,¹⁹ y éstas encomendaron a los jesuitas la reforma de sus estados.²⁰

Cuando Borja cruzó Italia en 1550 para reunirse con Ignacio fue recibido por los príncipes y potentados como uno de ellos. Nieremberg señala que era tributo a un linaje, emparentado con papas, que era parte del país. Borja nunca renunció a su dualidad, a su doble condición de potentado italiano y jesuita, sosteniendo un equilibrio que su biógrafo muestra con naturalidad, con *sprezzatura* cortesana. Basta detenerse en el relato de las cortesías y agasajos dispensados por los duques de Ferrara y de Florencia que muestran al jesuita despojado sólo de una parte de su persona secular:

Entrado en Italia, llegó al Duque un criado de Hércules de Este, duque de Ferrara (que era su tío, primo hermano del duque D. Juan, su padre), con cartas en que le rogaba encarecidamente que hiciese su camino por Ferrara, porque deseaba verle en su casa y servirle como era razón. Hízolo el duque D. Francisco, y fue recibido del Duque su tío con gran fiesta y regocijo, y regalado y servido más de lo que él quisiera. Pero en medio de las fiestas y regocijos él estaba tan dentro de sí, que no podía dar razón de nada. A la noche, llegando al aposento donde le llevaban á dormir, colgado de ricos brocados, con la cama de lo mismo despedía los que le acompañaban, cerraba las puertas y, hecha su oración, se echaba á dormir vestido sobre una alfombra que estaba en tierra á los pies de la cama. De esta manera gozaba de los sabrosos bocados de la honra y de los contentos que el mundo le ofrecía. Por este mismo norte se gobernó en Florencia en casa del gran duque Cosme de Médicis, donde también se hospedó, no consintiendo aquel Príncipe otra cosa, aunque más se quiso excusar el duque D. Francisco. En Ferrara no le pudo detener el Duque más de cuatro días, ni el de Florencia más de dos, porque se le hacían largas las horas hasta verse en Roma con su Padre San Ignacio, y así con mucha diligencia prosiguió su camino.²¹

3. PAX ITALICA

En 1552, el emperador incluyó a Borja en una lista de individuos propuestos para el capelo cardinalicio; ese mismo año, Diego Laínez fue nombrado provincial de Italia por Ignacio de Loyola, y aunque ninguno de los miembros de la Compañía aceptaba tal honor, el papa Paulo IV era más propicio a conceder el capelo a este último que al duque de Gandía. Con el papa Caraffa, su posición se tornó delicada. Borja abandonó Roma, se retiró a Guipúzcoa y resolvió alejarse de Italia, aunque no puede decirse que viviera precisamente un exilio interior, dado que estuvo en la corte española en años muy complicados sirviendo a la Compañía con notable eficacia, logrando vincularla muy estrechamente con el círculo de confianza del príncipe Felipe. Su regreso a Italia se produciría casi una década más tarde. En 1561, Laínez pidió al papa Pío IV que lo llamara a Roma. Tras el pontificado de Paulo IV, hostil a los españoles, se reconstruían lentamente los vínculos entre la Compañía y los linajes italianos. Nadie olvidaba la intensa labor de relaciones sociales emprendida por Borja en los años difíciles del establecimiento de la Compañía en la corte pontificia y se entendía que su labor iba a ser indispensable para llevar a cabo el ambicioso programa de reformas que se iba a acometer al terminarse el concilio de Trento. Porque Pío IV quiso que la Compañía de Jesús tomara

19. Ricardo GARCÍA-VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola*, Madrid: BAC, 1986, pp. 475-476 y 601-603.

20. MHSI *Bobadilla*, pp. 492-493, 530-531, 628, 654.

21. Eusebio NIEREMBERG, *Vida de San Francisco de Borja, cuarto duque de Gandía, virrey de Cataluña y después tercer general de la Compañía de Jesús con el texto de sus obras inéditas*, Madrid: Apostolado de la Prensa, 1901, p. 121.

el carácter de vanguardia de la reforma católica, disponiéndose sus miembros y sus recursos como ariete del nuevo orden que estaba poniendo en marcha. Carlos Borromeo, secretario de Estado, cardenal *nipote* del pontífice y arzobispo de Milán, recurrió a la ayuda de los jesuitas Laínez y Borja no sólo por su magisterio intelectual y su capacidad para articular apoyos en la complicada corte romana, también por ser instrumentos privilegiados para lograr el apoyo del soberano católico más poderoso del orbe, Felipe II, cuyo privado, el príncipe de Éboli, era un destacado benefactor de la Compañía.²² Borromeo, acompañado por el cardenal Ghislieri (futuro Pío V), acudía a escuchar los sermones de Borja y con ellos los individuos más influyentes de la curia.²³

Nieremberg pasó de puntillas sobre estos años del pontificado de Pío IV para tomar de nuevo el pulso de la vida de su biografiado en el pontificado de Pío V, cuyo papel fue de un indudable protagonismo. Los años finales del pontificado de Pío IV resultan incómodos para los hagiógrafos y los historiadores nacionalcatólicos españoles. La ruptura de relaciones diplomáticas con Felipe II es un incidente que se inscribe en una profunda crisis relativa a la encrucijada que ha de afrontar la Contrarreforma: crear una nueva Iglesia católica. La historiografía católica, muy particularmente los historiadores jesuitas, describen un curso natural de los acontecimientos en donde este tropiezo queda eclipsado por fundaciones de colegios, misiones y actividades más o menos ejemplares de los miembros de la orden. La personalidad de Borja vuelve a emerger en la materialización de uno de los objetivos primordiales de la Iglesia restaurada y reformada, la cruzada.

Superada la crisis diplomática de 1564, sucedió una época de unión y coordinación nunca vista entre las cortes española y romana. En Madrid, el partido ebolista y parte de la familia real conformaban el núcleo de afectos a los jesuitas. En Roma, los cardenales Borromeo, Contarini, Pacheco, Este, etc., y los poderosos linajes de los Colonna, Farnesio o Gonzaga.²⁴ El cardenal Michele Ghislieri fue elegido papa con el nombre de Pío V en 1565, al mismo tiempo que su gran amigo Francisco de Borja era elegido general de la Compañía de Jesús. Ambos deseaban agrupar a los príncipes cristianos, bajo la guía del papa, en la causa última de la cristiandad, el triunfo de la Iglesia y el establecimiento del imperio de la fe.²⁵ Poco después de tomar posesión, el papa confió al rey Felipe II su ambicioso proyecto.²⁶

22. José MARTÍNEZ MILLÁN, «Grupos de poder en la Corte durante el reinado de Felipe II: La facción ebolista, 1554-1573», en *idem* (ed.), *Instituciones de poder y élites en la Monarquía Hispana durante el siglo XVI*, Madrid: UAM, 1992, pp. 137-197.

23. «Fue Vicario General el Santo Padre Francisco, todo el tiempo que el Padre Maestro Laínez estuvo en Trento, que fue hasta que se acabó el Concilio y más lo que tardó en visitar los colegios de Italia y volver á Roma. Lo cual hizo el año de 1564 adonde poco después de haber llegado hizo asistente de la Compañía al bienaventurado Padre Francisco. Luego adoleció de una grave enfermedad y acabó santamente su carrera á los 19 días del mes de enero del año siguiente de 1565. Por esta muerte del Padre Laínez, prepósito General, fue otra vez electo Vicario General el Padre San Francisco de los Padres Profesos y electores que para este efecto se juntaron en Roma. Porque demás de la autoridad y vida tan ejemplar de su persona, la otra vez que lo había sido, habían quedado todos muy satisfechos y contentos de su gobierno. Era tan grande y rara su virtud, que todos le juzgaban por digno de toda dignidad y honra, por lo cual el Papa Pío IV le quiso hacer otra vez Cardenal, la cual honra aunque la evitó con todas sus fuerzas, no pudo excusar la carga del gobierno de la Compañía, pero por descargarse presto de ella escribió luego á todas las provincias de la Compañía, que había en Europa, la muerte del Padre General y convocó la congregación general para Roma, señalando el tiempo en que se había de hacer y dado prisa á los provinciales, para que juntasen sus congregaciones y se eligiesen en ellas los otros electores y viniesen con toda diligencia y brevedad» (NIEREMBERG, *Vida de San Francisco de Borja*, p. 252).

24. MARTÍNEZ MILLÁN, «Grupos de poder...», pp. 137-197; GARCÍA-VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola*, pp. 601-603.

25. Paolo PRODI, *Il sovrano pontefice*, Bologna: Il Mulino, 1982, pp. 318-319.

26. Luciano SERRANO, *España en Lepanto*, Madrid: Avantos-Hakeldama, 1986, pp. 9-14; «El Papa Pío V, como Padre universal y pastor vigilantísimo, á suplicación de la misma república veneciana, procuró que para resistir al común enemigo se uniesen las fuerzas de los príncipes cristianos y que se hiciese una liga entre Su Santidad y el católico rey de España D. Felipe y la misma república de Venecia, como se hizo, declarando por capitán general de ella al Sr. D.

El Rey Prudente, sin embargo, no compartía su entusiasmo;²⁷ interpretó que tras la aplicación de los decretos del concilio de Trento se pretendía menoscabar su soberanía y rechazó tajantemente las propuestas pontificias. El papa reaccionó vivamente: la bula *In coena Domini* de la Pascua de 1568, que negaba la facultad del poder temporal para intervenir en el orden eclesiástico, situó las relaciones entre ambas cortes en una situación casi peor que en 1564.²⁸ Pocos meses más tarde, en la primavera de 1569, la situación cambiaba radicalmente y se establecían los primeros contactos para establecer una liga contra el turco formada por Venecia, el papado y la monarquía católica.²⁹

Borja fue responsable de este giro, como se desprende de su correspondencia. Gracias a su intervención, en 1569 Marco Antonio Colonna entraba en contacto con el príncipe de Éboli, iniciándose entre ambos una estrechísima amistad que sólo se rompería con la muerte de Ruy Gómez en 1573. Al mismo tiempo, el 7 de enero de 1569, el general de los jesuitas obtuvo la promesa de que Colonna sería nombrado almirante y que comandaría las fuerzas navales de la armada que se hiciera contra el turco.³⁰ Aunque ni Roma ni Madrid fueran escenario de conversaciones para una empresa de cruzada, la confianza del jesuita en su capacidad para convencer a ambas partes resulta sorprendente, confiando plenamente en el éxito de las líneas emprendidas para convencer a la corte española³¹ y a la romana.³²

En el verano de 1569, Marco Antonio Colonna viajó a España, alojándose por cuenta del general de los jesuitas y su familia, siendo atendido por Juan de Borja, instruido por su padre para que la misión tuviese los resultados apetecidos. Éboli, en la primera entrevista con el almirante romano, tomó a éste no sólo como emisario papal, viendo más allá de las formalidades, declarándose muy afecto «de la compañía y de todos sus hijos».³³ La misión era importantísima porque los turcos habían comenzado la invasión de Chipre, plataforma imprescindible para cualquier acción sobre Tierra Santa. Los venecianos solicitaron ayuda al papa y le pidieron que liderase una confederación de potencias cristianas que hiciese frente a la amenaza que se cernía sobre Europa; si caía la colonia veneciana, no tardaría en verse a los turcos desembarcando en Italia. La negociación fue intensa, pero a los pocos meses daba sus primeros resultados. En mayo de 1570, Felipe II estaba comprometido en la empresa.³⁴ En ese momento Colonna regresó a Roma y, al poco de arribar, se hizo público su nombramiento como general en jefe de la escuadra pontificia.³⁵ En la sombra, la tela de araña urdida por Borja y Ruy Gómez de Silva se consolidaba.³⁶

La intervención del general no terminó ahí, era preciso que el mando supremo de la flota de la liga entre el papa, Venecia y el rey de España recayese en el almirante papal para dar a la empresa el carácter de cruzada requerido, situando al papado a la cabeza de una cristiandad renovada

Juan de Austria, que también lo era de la armada de su hermano el rey D. Felipe. A esta empresa envió Su Santidad muchos Padres de la Compañía» (NIEREMBERG, *Vida de San Francisco de Borja*, p. 453).

27. Zúñiga a Felipe II (Roma, 1 de febrero de 1568; L. SERRANO, *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de S. Pío V*, III, Madrid, 1914, p. 38).

28. SERRANO, *Correspondencia...*, III, pp. xlv-lv.

29. SERRANO, *España en Lepanto*, pp. 15-23.

30. Francisco de Borja a Juan de Borja (MHSI *Borgia*, V, p. 63, nota 3).

31. *Ibidem*.

32. Cartas de Francisco de Borja a C. Rodericio (Roma, 3 a 21 de junio de 1570; MHSI *Borgia*, V, pp. 411, 413-414, 415-416).

33. Juan de Borja a Francisco de Borja (Madrid, 11 de septiembre de 1569; MHSI *Borgia*, V, pp. 167-168).

34. Sevilla, 16 de mayo de 1570 (SERRANO, *Correspondencia...*, III, p. 335).

35. Zúñiga a Felipe II (Roma, 5 de junio y 10 de agosto de 1570; SERRANO, *Correspondencia...*, III, pp. 376 y 497).

36. El 15 de septiembre de 1571, Colonna escribió a Francisco de Borja recordando cómo él y Ruy Gómez habían manejado toda la negociación que condujo a la creación de la Santa Liga; véase Alberto GUGLIELMOTTI, *Marco Antonio Colonna alla battaglia di Lepanto*, Firenze, 1862, pp. 181-183.

y militante, acorde con el mensaje ignaciano.³⁷ En junio de 1570 comenzaron las discusiones en torno a esta cuestión. Los plenipotenciarios de Felipe II se resistían a aceptarlo, pues preferían a un comandante experimentado y a ser posible español.³⁸ Pero el rey acabó por convencerse y envió órdenes para que Colonna fuera obedecido, si bien aún se estaba lejos de firmar el tratado de coalición.³⁹ Nuevamente los hilos ocultos de la Compañía hicieron vencer reticencias; el 2 de agosto, Borja se felicitaba del buen curso de las negociaciones. Aunque no se había cerrado la alianza, la flota combinada iba a zarpar inmediatamente para combatir a los turcos bajo mando papal.⁴⁰

El 14 de septiembre se reunieron las escuadras veneciana, pontificia y española en el norte de Creta y partieron rumbo a Rodas. Querían obligar a los turcos a abandonar Chipre para salir a su encuentro.⁴¹ El mal tiempo, la descoordinación entre los mandos y la deficiente provisión de alimentos fueron factores que colocaron la flota muy cerca del desastre. Los venecianos sufrieron importantes pérdidas, Colonna regresó con tan sólo tres de las doce galeras confiadas a su mando y Doria, al mando de la flota española, no tuvo pérdidas.⁴² Un resultado lamentable porque no se trabó combate y se supo que mientras la armada cristiana recorría el Egeo los turcos habían tomado Nicosia, la capital del reino de Chipre. Era una ocasión excelente para que quienes habían rechazado la liga dispusiesen ahora de potentes argumentos con los que convencer a Felipe II para abandonar la Santa Liga.⁴³ Don Juan de Zúñiga, embajador del rey en Roma, se congratulaba de que el tratado no hubiera sido cerrado; el papa era sin duda alguna el jefe espiritual de la empresa, pero no el militar, no disponía de comandantes capacitados ni de un ejército que mereciese tal nombre.⁴⁴

Borja y Éboli, conscientes de que bajo estas circunstancias no sería posible renovar un mandato papal, se resignaron a promover a un candidato español cuyo papel fuera fuertemente simbólico, viendo en don Juan de Austria, el hermanastro del rey, la persona idónea.⁴⁵ Su estado mayor sería el lugar donde se tomarían las decisiones, siendo Colonna la persona designada por Pío V para representarle allí.⁴⁶ No es éste el lugar para explicar las circunstancias en que se concluyó la formación de la Santa Liga, pero, pese a las difíciles circunstancias de la negociación, Borja logró que, en lo esencial, la Santa Liga recogiese el ideal de cruzada vinculado a la jefatura romana, declarándose que el fin principal de la alianza era «deffender a Su Santidad y al Estado de la Sede Apostólica».⁴⁷

Se puso mucho cuidado en que tuviera ese carácter y todo el mundo lo supiera. Los jesuitas fueron los encargados de transmitir la bendición papal en términos que no ofrecieran duda respecto a la finalidad de la misión: «Decid al Sr. D. Juan de nuestra parte que vaya con buen ánimo y muy

37. C. Rodericio a F. de Borja (Roma, 3, 7 y 16 de junio de 1570; MHSI *Borgia*, V, pp. 411, 413-416).

38. GUGLIELMOTTI, *Marco Antonio Colonna...*, p. 13.

39. IZ, C.51, nº 12.

40. MHSI *Borgia*, V, p. 456.

41. Básicamente debido a la continuada desobediencia de Doria a Colonna; véase Bartolomeo SERENO, *Commentarii della guerra di Cipro e della Lega dei Principi Cristiani contro il turco*, Monte Cassino, 1855, pp. 385-386, nota 11.

42. Fernand BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, II, México: Fondo de Cultura Económica, 1976, pp. 478-584; SERRANO, *España en Lepanto*, pp. 23-30.

43 El duque de Alba al prior D. Antonio de Toledo (Amberes, octubre de 1570; Fernando ÁLVAREZ DE TOLEDO, *Epistolario del tercer duque de Alba*, 3 vols., Madrid, 1952, II, pp. 448-449, nº 11.168).

44. Madrid, 24 de septiembre de 1570 (IZ, C.51, nº 16).

45. Sobre la cuestión, véase carta de M. A. Colonna a Francisco de Borja (Messina, 15 de septiembre de 1571) en GUGLIELMOTTI, *Marco Antonio Colonna...*, pp. 181-183.

46. IZ, C.51, nº 18, f. 7.

47. Ratificación de la alianza en la corte de Felipe II (El Escorial, 13 de junio de 1571; IZ, C.51, nº 117).

confiado en Dios y que procure que no haya deshonestidades ni juegos algunos en la armada, y que no dude de dar la batalla porque Dios le dará la victoria. Y decidle de nuestra parte que Nos lo decimos».⁴⁸

Para dar una mayor solidez a la Santa Liga, el pontífice envió al propio Francisco de Borja a España acompañando a su legado extraordinario. El nuncio había informado que en Madrid había cortesanos hostiles al proyecto y denunciaba «arti indegne usati dai ministri spagnoli».⁴⁹ Tal fragilidad obligaba a salir de la sombra y tomar las riendas. Francisco de Borja ejercía un carisma fortísimo en la corte española, siendo muy respetado, casi venerado, por su experiencia como político y hombre de Iglesia; consejero real desde los tiempos de Carlos V, informalmente seguía disponiendo de esa condición y siempre tenía al rey dispuesto a escucharle. Su prestigio y su ascendiente personal ante Felipe II eran bazas fundamentales para hacer que la corte española mantuviese vivo su compromiso y no se echase atrás. Esta debilidad para garantizar el mantenimiento de lo acordado no pudo disimularla el biógrafo de Borja, Nieremberg, muy proclive al elogio del Rey Prudente:

Pero para confirmar más la Liga que ya estaba hecha y concluida y acrecentarla con nuevas fuerzas de otros reyes y príncipes, determinó Su Santidad enviar al cardenal Alejandrino, su sobrino, por legado al rey católico de España y al rey cristianísimo de Francia y al de Portugal, para tratar con ellos este negocio tan importante de la Liga y otros de gran servicio de nuestro Señor y bien de toda la cristiandad, y puso los ojos en la persona del santo Padre Francisco, para que acompañase en esta jornada al legado y le sirviese con su autoridad y prudencia y ayudase á tratar con los reyes los negocios de que iba encargado. Pero porque temió que la edad y poca salud no darían lugar al bienaventurado Padre para tomar trabajo de tan larga jornada, le mandó llamar y le dio parte de su propósito y deseo y le preguntó si tendría fuerzas para tomar el trabajo de aquel camino, en compañía del cardenal su sobrino. Respondió el santo Padre á esta pregunta con mucha humildad, besando los pies á Su Santidad por la confianza que tenía de su persona sin merecerlo, y diciéndole que él enfermo estaba, pero no de manera que le estorbase el obedecer en esta y en cualquiera otra cosa, por dificultosa que fuese, que Su Santidad le quisiese mandar, y que ningún consuelo mayor podría tener á la partida de esta vida que haberla perdido por obediencia de Su Santidad y servicio de aquella santa Silla [...]. En el fin de junio del año de 1571 le envió con el Legado á España, adonde llegaron en el fin del mes de agosto del mismo año.⁵⁰

No parece que el ofrecimiento y la organización del viaje fueran tan espontáneos; de hecho, Borja había escrito numerosas cartas a la corte española para preparar el terreno.

Fue un viaje sorprendente para muchos, pues parecía extravagante este afán por confirmar lo que ya estaba perfectamente acordado. Hubo quienes pensaron que Borja había sido oportunamente sacado de la curia en un momento en que la salud del papa era mala y muchos lo querían para la púrpura y para el papado.⁵¹ Al desembarcar en Cataluña le recibió su hijo Fernando, portando una carta del rey:

48. NIEREMBERG, *Vida de San Francisco de Borja*, p. 454.

49. Relación al pontífice de las negociaciones de la Liga, enero 1571, reproducido por GUGLIELMOTTI, *Marco Antonio Colonna...*, pp. 131-134.

50. NIEREMBERG, *Vida de San Francisco de Borja*, pp. 454-455.

51. «Estaba tan acepto y estimado este santo varón en Roma por su mucha santidad y prudencia, que dijo el Cardenal Paleoto al Arzobispo de Zaragoza D. Tomás de Borja, hermano del santo Padre Francisco, cómo deseaban muchos Cardenales hacerle Papa, y que lo harían en habiendo Sede vacante; y así, que procurase estuviere entonces en Roma. Pero Dios nuestro Señor dispuso las cosas con esta jornada más conforme á los deseos del humilde Padre, sacándole de Roma en esta ocasión para que en su ausencia muriese el Sumo Pontífice Pío V, y fuese electo otro, y no estuviere su siervo Francisco al riesgo que estuvo su antecesor, el P. Diego Laínez, de ser electo Papa, á lo cual no menos repugnara el santo Padre Francisco que repugnó el Padre Laínez. Dejó en Roma por Vicario general al P. Jerónimo Nadal, y llevó consigo al P. Polanco y al P. Diego Mirón, con otros Padres que venían á España y le acompañaron, con lo cual hubo gente bastante para que ordenase el santo varón que hubiese oración continua por todo el camino, remudándose por horas los que la habían de tener» (NIEREMBERG, *Vida de San Francisco de Borja*, p. 455).

Reverendo y devoto Padre: Enviando á D. Fernando de Borja á visitar al Cardenal Alejandrino, he querido escribiros con él y avisaros del recibo de vuestra carta de 2 de junio y agradeceros mucho el cuidado y voluntad con que habéis hecho proveer de los doce religiosos de vuestra Compañía para la Nueva España, y deciros que he holgado grandemente de entender vuestra venida y holgaré asimismo de veros, como os lo dirá D. Fernando, á quien he mandado que os visite de mi parte y me avise de vuestra salud. De San Lorenzo 25 Agosto 1571.

Toda la corte se movilizó para saludarle y recibirle. El favorito del rey, D. Diego de Espinosa, presidente del Consejo Real de Castilla e inquisidor general, también le dio la bienvenida:

Reverendísimo Padre: Todo lo que vuestra Paternidad dice en su carta de 4 de junio pretendo yo que lo debe á mi voluntad y á la particular afición con que le deseo servir y dar contentamiento. Y halo sido para mí muy grande la jornada y venida de vuestra Paternidad á estas partes, que sea muy enhorabuena y con la salud que le deseamos en ellas sus servidores, como espero se la dará nuestro Señor, por cuyo servicio se ofrece tan de buena gana á los trabajos y de cuya bendita mano se ha de esperar que resultarán de ellos los buenos efectos que me prometo yo de la mucha prudencia y santo celo de vuestra Paternidad. Y por llevar ésta el Sr. D. Fernando de Borja, que se le podrá bien creer, que huelga de hacer esta embajada, como su Majestad lo ha querido (de que yo he holgado mucho) me remito á su relación en lo demás que vuestra Paternidad de acá quisiere saber. Y al ilustrísimo señor Cardenal escribo el contentamiento que tengo de su venida y lo mucho que deseo verle para atenderle y servirle como se debe á su ilustrísima persona y á quien le envía, que nos le guarde Dios nuestro Señor, como sabe que le hemos menester, y la reverendísima persona de vuestra Paternidad para servicio suyo. De Madrid 17 Agosto de 1571.⁵²

Borja demoró su llegada. Fue agasajado en Barcelona y viajó a Valencia, donde fue recibido más como señor que como sacerdote. Entró en Madrid con el legado a finales de septiembre, saliendo el rey a recibirlos. Fue agasajado no tanto como general de la Compañía, sino como principal consejero del cardenal Alessandrino, como ministro del papa. Dice Nieremberg: «Hízole su majestad muchas honras por la estimación que tenía de su santidad, por lo cual en el bautismo del príncipe D. Fernando, que fue en esta ocasión, gustó que le llevase un buen trecho en los brazos el santo Padre Francisco».⁵³

Concluida la negociación en Madrid, es decir, despejadas las dudas y reticencias españolas respecto a la Santa Liga y su continuidad, la delegación se dirigió a Portugal para incluir a dicho reino en la cruzada. Tras una breve estancia en aquella corte, tomaron el camino de Francia con el propósito de incluir también a esta corte en el proyecto. Luego, al regresar a Italia, pasaría también por Turín para incluir al duque de Saboya.⁵⁴ El itinerario fue de un simbolismo muy acusado. En la forma de solicitar apoyos de otras potencias, Pío V hacía ver que el liderazgo militar reposaba sobre la corte española, sin cuya aquiescencia no se podía ampliar o completar la coalición. Borja fue idóneo para limar asperezas y despejar susceptibilidades.⁵⁵

Nieremberg fue muy parco en su explicación del viaje. Escribió un relato edificante sobre el sacrificio de su biografiado, que expuso su vida y renunció al papado en beneficio del bien supremo de la cristiandad; ahora bien, apenas informó sobre el propósito y la intención del viaje. Es obvio que su fin era consolidar y ampliar la Santa Liga. La inclusión de Portugal y Francia, además, indican que su propósito iba más allá de la acción puntual para frenar la ofensiva otomana en el

52. *Ibidem*, pp. 455-456.

53. *Ibidem*, p. 459.

54. Carta de Francisco de Borja a Jerónimo Nadal (Lyon, 6 de marzo de 1572; MHSI *Borgia*, V, p. 677).

55. NIEREMBERG, *Vida de San Francisco de Borja*, pp. 460-461.

Mediterráneo oriental.⁵⁶ Hace casi medio siglo, en un artículo memorable, Hubert Jedin reflexionó sobre el concepto y el significado del término «liga» y concretamente el de «Santa Liga». Era a su juicio una idea asociada a la italianidad. La cruzada no necesariamente podía convocarse respecto a una amenaza o un objetivo externo a la *christianitas*. La obligación del cristiano de contribuir con armas y recursos para defender a la Iglesia en peligro, y al papado como expresión de la misma, incluía la amenaza «política». La noción de cruzada tenía así una lectura temporal, pues no eran separables el papado como Iglesia y como monarquía. Los términos empleados por Pío V para convocar la Santa Liga reeditaban los empleados por Pío II en el congreso de Mantua, que invocaba como primera cosa la *pax italica*. La seguridad del papado y la eficaz defensa de la Iglesia pasaban obligatoriamente por preservar la península italiana de todo conflicto bélico. Los soberanos confederados en una liga santa debían atender a un compromiso que vinculaba como una sola cosa unida e inseparable Santa Liga, *pax italica*, libertad de la Iglesia y cruzada. Aun cuando se considere a las cruzadas promovidas por los papas como una frustrante e ininterrumpida serie de fracasos a la hora de articular una acción eficaz contra el avance turco, no hay que despreciar los resultados positivos de dichas iniciativas en lo que se refiere a la paz de Italia. Después del ciclo de guerras comenzado en 1498, la paz sólo se alcanzó en 1559, pero su mantenimiento en los años finales del siglo XVI tuvo mucho que ver con la cruzada. Roma articuló la península como instancia suprema para dirimir conflictos y garantizar la paz. Las reticencias de la corte española hallan aquí su explicación: Roma, y no Madrid, despuntaba en el sistema italiano. La hegemonía española se encontraba con interferencias que le hacían perder su posición dominante. Pasar por Madrid antes de ir a París era obligado si se querían despejar temores por otra parte fundados, no se quería volver al *bilancio* anterior a la paz de Cateau-Cambrésis de 1559.⁵⁷

Concluida su misión, Francisco de Borja regresó a Italia siguiendo un itinerario muy parecido al realizado cuando viajó por vez primera, recién incorporado en la orden para encontrarse con Ignacio de Loyola en Roma.⁵⁸ El duque de Saboya le agasajó en Turín; el duque de Ferrara, Alfonso de Este, lo acogió en su palacio entre el 19 de abril y el 3 de septiembre de 1572. Los potentados de Italia volvían a recibirlo como uno de ellos. Gravemente enfermo, deseando morir en Roma, partió de Ferrara para terminar sus días donde era su voluntad. Falleció a los dos días de llegar a la corte papal, la medianoche del 30 de septiembre. Era un final simbólico, deseado y buscado, donde Roma era la meta, la corte de Italia, la cabeza de la cristiandad.

56. Enrique GARCÍA HERNÁN, *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del Pontificado 1571-1572*, Valencia: Organismo Público Valenciano de Investigación, 2000, pp. 117-267.

57. Hubert JEDIN, «Papst Pius V, die heilige Liga und der Kreuzzugsgedanke», en Gino BENZONI (ed.), *Il Mediterraneo nella seconda metà del Cinquecento alla luce di Lepanto*, Firenze: Leo S. Olschki Editore, 1974, pp. 195-207. También Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *La batalla de Lepanto: Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Madrid: Sílex, 2008, pp. 84-94.

58. GARCÍA HERNÁN, *La acción diplomática...*, pp. 335-426.

